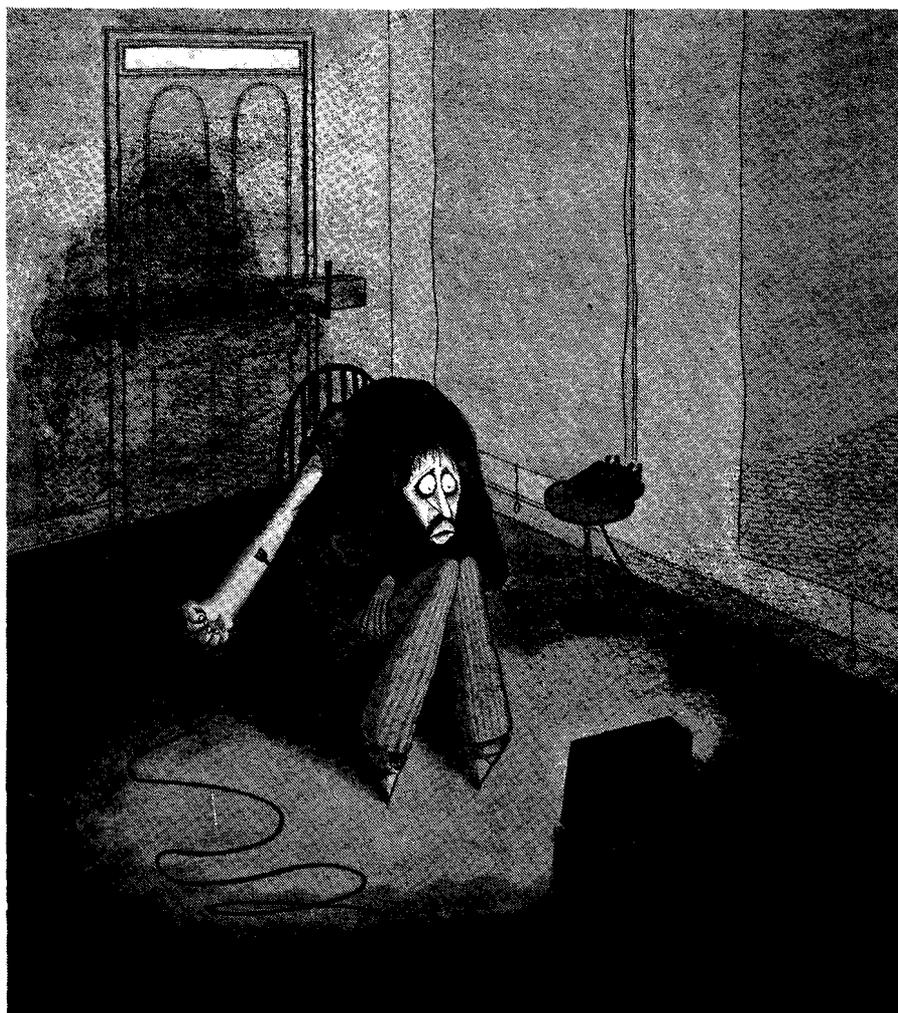


La TV acusada de asesinato*

Los medios de comunicación, particularmente la TV, pueden ser los autores intelectuales de la violencia que asuela a la sociedad contemporánea. De los Estados Unidos, cuyas tasas de criminalidad le ubican en los primeros lugares del ranking mundial, provienen la inmensa mayoría de programas y filmes que difunde la TV latinoamericana: cátedra de violencia que aún se mantiene impune. ¿Por qué, se pregunta el autor de este artículo, el cine y la literatura sufren alguna forma de censura, y la TV no, cuando es el medio que se mete directamente en nuestros hogares?



Hace poco más de un año, la prensa internacional publicaba, con tres días de intervalo, dos noticias: "Manila.- Un niño de siete años mató de un disparo de fusil a la criada porque [...] mientras miraba un dibujo animado norteamericano de ciencia ficción, la doméstica, de 21 años, cambió el programa para ver una telenovela. [...] el pequeño fue a buscar un fusil y disparó contra la joven, que murió al día siguiente en el hospital. El padre del niño será acusado de homicidio por imprudencia, por no haber guardado el arma en un lugar más seguro...". "Managua.- Tras ver la telenovela venezolana *Cara sucia*, una mujer nicaragüense -enloquecida por la pobreza en que vivía- [...], Marta Baltodano, de 29 años, aplastó a garrotazos la cabeza de sus hijos Marbely de 10 años y Pedro de 4 años [...]. Luego intentó suicidarse cortándose las venas y tragando cloro, pero falló".

Filipinas y Nicaragua, un fusil y un garrote, un dibujo animado norteamericano y una telenovela venezolana, un menor de edad y una madre de familia, una empleada doméstica de 21 años y dos niños de 10 y 4 años... Demasiados datos similares autorizan a creer que los autores intelectuales de ambos crímenes son los mismos. Pero nadie ha acusado hasta hoy a quienes sugirieron, día tras

JORGE ENRIQUE ADOUM, ecuatoriano. Poeta, narrador y ensayista.

(*)A fines del año pasado se celebró en Islamabad, Paquistán, la Conferencia Internacional sobre "Literatura, cultura y desarrollo". Por alguna falla burocrática, dos embajadores ecuatorianos se echaron recíprocamente la culpa de que nuestro país, pese a haber sido invitado, no participara en esa reunión. No importa: ni siquiera participó en los funerales del ex presidente de Francia, François Mitterrand, porque lo hizo con un secretario o consejero de embajada, cuando casi un centenar de jefes de Estado y de gobierno asistieron a sus exequias. ¿País inexistente, "limitado por sí mismo"? Para aquel encuentro preparé el texto que se publica en estas páginas, a base de dos artículos anteriores, completado con nuevas reflexiones y con informaciones más recientes.

día, hora tras hora, la idea de cómo, a quiénes, en qué circunstancias matar.

Una cátedra de violencia

La televisión ecuatoriana transmite una verdadera cátedra de violencia a partir de las 8.30 de la noche y la televisión extranjera, debido a la diferencia de husos horarios, a cualquier hora de la tarde; en Estados Unidos, habitualmente, el sábado por la mañana (y allá hay -¿por eso?- 270.000 jóvenes que van a la escuela equipados con una arma de fuego). Según la *National Coalition on Television Violence*, nueve películas y seriales presentaron, en 1992, de 24 a 60 actos de violencia por hora cada una. En cuanto a las películas de cine transmitidas por TV, *Die Hard II* muestra 264 muertes violentas (*Robocop*, tímidamente, tiene solo 81). La revista suiza *L'Hebdo* ha calculado que un niño norteamericano -y un ecuatoriano, ¿no?- que pasa de dos a cuatro horas por día frente a su televisor habrá visto, a los 13 años, 8.000 asesinatos y 100.000 actos de violencia.

No se trata solo del número de muertos: en algunas películas del Oeste, e incluso en ciertas obras de Shakespeare, a menudo mueren todos los per-

sonajes (hasta los espectadores de la primera fila, ha dicho alguien). Pero no se advierte en ellas ese regodeo patológico, en el detalle horroroso, de la televisión: incluso cuando trata, supuestamente, de denunciar los abusos de policías asesinos, se deleita con las armas, algunas ni siquiera inventadas todavía, el *close up* del rostro despedazado, la salpicadura de sesos en las paredes, el gorgoteo de las arterias cuando la cabeza ha sido separada del tronco, la manera de estimularse con drogas antes de la aventura, la edad de los criminales que, a veces, llegan a complotar el asesinato de sus padres...

La aparición, relativamente reciente, entre nosotros de pandillas de adolescentes asesinos de transeúntes o de taxistas, y de jóvenes toxicómanos de ambos sexos, frequentadores de bares y discotecas, prostituidos y con enfermedades venéreas, algo -mucho- le debe al consumo masivo de televisión, desde temprana edad. Y, si, como se supone, el instinto maternal se fomenta o fabrica con el regalo de muñecas a las niñas, cabe deducir que en la delincuencia juvenil o adulta tienen algo que ver las armas de juguete, copia de las que la televisión hace propaganda, y que, al crecer los ni-

ños, se han ido transformando en armas de verdad.

El Tribunal Constitucional de Colombia "decidió que la delincuencia, en su mayoría visible en los programas norteamericanos, contribuye a la violencia de la vida real" y prohibió, pero ignora si la prohibición ha sido respetada en la práctica, que se transmitieran "tiroteos, palizas, cuchilladas, atentados dinamiteros y otros actos de violencia hasta después de las 22 horas". *El Conseil Supérieur de l'Audiovisuel* (CSA) de Francia ha creado una regulación en virtud de la cual "se castigará la fabricación, transporte y difusión de cualquier modo de mensajes de carácter violento o pornográfico cuando sean susceptibles de ser vistos por un menor".

El socorrido argumento de los responsables de la TV de que esa transmisión es inocua, porque se exhibe tarde en la noche una película "solo para adultos" o con esa confusa reserva de que es "solo para personas con criterio formado", resulta una ficción desde el momento en que los padres salen de casa o los menores de edad tienen un televisor en su habitación y florece, además, el libre comercio de alquiler de videos, generalmente piratas.



"En E.U.: un niño de 13 años ha visto 8.000 asesinatos en la TV, ¿cuántos en A. L.?"

Aducir que "la violencia está en la realidad y no en la televisión que la re-trata" o descargarla en los padres de familia es una manera fácil de rehuir el problema. Pero estos también son cómplices al creer, como cierta censura cinematográfica, que la moral es solo sexual, individual y recluida al dormitorio y parece no tener la más mínima idea de que existe una moral social: jamás se preocupó, por ejemplo, de las lecciones de robo a mano armada, de la incitación al odio racial y a la guerra o al ejercicio de la justicia por mano propia, ni de la exaltación de la violencia en sus versiones típicamente americanas: Al Capone y Rambo.

El presidente del CSA de Francia ha declarado que "la violencia en nuestra pantalla pequeña procede en un 60% de los casos de los programas [norte] americanos". Hace unos dos años, el senador Paul Simon, demócrata de Illinois, dio a la industria de la televisión de EUA un plazo de 60 días para "manifestar una clara voluntad de limitar la exhibición de violencia gratuita ofrecida a los telespectadores, particularmente a los niños"; transcurrido ese plazo, el Congreso iba a establecer la legislación vigente. (Nunca supe si la industria expresó esa voluntad de rectificación, ni si el Congreso adoptó las medidas anunciadas, pero me temo que, incluso de haberlo hecho, pueden estar enviándonos estupidez y veneno en vídeos, como esas medicinas prohibidas en los EUA por nocivas para uso humano que aquí se venden libremente.)

¿Por qué no una censura de la TV?

El 50% de los niños entrevistados hace algún tiempo por el diario *Hoy*, de Ecuador, afirmaron que no se les permite ver películas de cierta calidad, sin esas escenas de violencia o, de acuerdo a sus propias palabras, dirigidas a un público adulto, que nunca son las de criminales (que no están condenados a ser) sino las que contienen "escenas escabrosas desde el punto de vista de la moral" (de las que, tarde o temprano, serán protagonistas normales). Cabe recordar, a este respecto, el *Código Hayes de la Producción* -una suerte de terrorismo moral parecido al "macartismo" político- impuesto en Estados Unidos en los años 40, que establecía normas inviolables para el cine, no sobre el crimen individual ni el organizado de bandas de

gangsters o ejércitos en guerra, sino sobre la ropa que podían mostrar las actrices y la duración máxima tolerable de un beso en la pantalla y el ángulo permisible, en relación con la vertical, a que podía inclinarse una pareja.

Es evidente que la censura repugna al espíritu y aparece siempre como un insulto al autor y a la obra que tanto esfuerzo y sacrificio cuesta generalmente, proferido en nombre del supuesto derecho que asiste al funcionario, tan insolente como su amo, o a un grupo de individuos, tan mediocres como su jefe, de mutilar o prohibir una creación intelectual que, en algunos casos, entra a formar parte de la historia de la cultura. Sin embargo, el mundo entero ha aceptado la censura moral que, con el nombre de "calificación", existe para el cine. Porque no estamos hablando aquí de arte sino de un producto industrial que busca una rentabilidad comercial, sin ocuparse ni preocuparse de sus consecuencias, y que debería estar sujeto a una suerte de control sanitario como el que se ha establecido para los productos alimenticios y farmacéuticos.

Que yo sepa, no hay país alguno que haya prescindido de la censura cinematográfica, ni uno donde exista, en forma racional y severa, una censura de la televisión. Y ello pese al hecho grave de que, en este caso, el espectador no va a buscar la película a un cine sino que ella se le mete, vía satélite, en la casa, en cualquier lugar del mundo, para cualquier espectador y a cualquier hora. Hecha de cinematografía y periodismo -sobre el cual pesa también, en determinados momentos de conflicto, cierto control generalmente aceptado por razones de seguridad- ¿qué explicación hay, de no ser sus poderosos intereses económicos, para que la televisión no esté sujeta a la censura a que se someten los otros medios de comunicación?

Muchos periodistas y lectores de diarios han señalado la posible relación entre una televisión inmoral y al alcance de todos -en que productores de programas, propietarios de canales y espectadores parecen gozar con las variantes del delito- y los actos de delincuencia ya desvergonzada y a la luz del día que no existían, en igual número y frecuencia, en nuestros países, antes de que disputáramos de esa muestra exterior del desarrollo que es la televisión.

La revista suiza L'Hebdo ha calculado que un niño norteamericano -y un ecuatoriano, ¿no?- que pasa de dos a cuatro horas por día frente a su televisor habrá visto, a los 13 años, 8.000 asesinatos y 100.000 actos de violencia.

Colonización cultural

Este aspecto, que atañe al modo de ser, es manifiesto también en cuanto sustituye valores de la cultura nacional. La colonización es, esencialmente, cultural: históricamente, cuando no ha tenido ese carácter -las invasiones nazis, por ejemplo-, se ha tratado solo de una ocupación militar. Una de las más elocuentes encuestas realizadas en Ecuador, y limitada a solo 34 escolares, de 10 a 12 años, de un solo grado de una sola escuela de una ciudad, Tulcán (los datos en Quito y Guayaquil serían, obviamente, peores), revela que los personajes que más admiran (el 50%) son Rambo, Mac Guiver, Michael Night, Drácula, Batman, Chuck Norris, Bruce Lee (realizada hoy día, la encuesta incluiría ciertamente, para mayor desconsuelo, Robocop, Terminator, las Tortugas Ninja, los Power Rangers...). Veintiséis niños (el 76,47%) confesaron que les gusta jugar o actuar como sus personajes favoritos,

gracias a la cantidad infinita de disfraces, camisetas y juegos desarmables e irrompibles.

Creo inútil (¿inútil?) recordar que en nuestra historia hay héroes de la resistencia contra la conquista (cuando en la escuela empezó a aburrirnos el juego de "chullas y bandidos", introducido también por el cine norteamericano en nuestra cultura infantil, y tratamos de reemplazarlo por el de españoles e indios, todos queríamos ser Rumiñahui) y héroes de la guerra contra la dominación española (el único realmente popular es Abdón Calderón: blanco, de buena familia, muerto a los 18 años, o sea con una página en blanco como pasado) y héroes en el combate por la igualdad y la justicia en el continente, como Martin Luther King y Malcolm X -por citar solo a dos de las más grandes figuras de la tradición norteamericana de lucha por los derechos civiles- y Che Guevara, que no figuran entre los personajes más admirados por los escolares ni entre aquellos que les gustaría encarnar, por la simple razón, entre otras, de que el cine les ha dedicado, rara vez, películas no siempre de calidad, ni debidamente promocionadas.

La música y las fiestas que los niños y jóvenes prefieren en este país de indios, negros, mulatos y mestizos, ya no son las nuestras, tradicionales: el 31 de octubre, en las escuelas y colegios, y también en los hogares que pocas oportu-

nidades tienen de "celebrar algo", con gran incitación por parte de los almacenes y negocios, se celebra ahora, con mentalidad de colonizados, el *Halloween* -difundido por películas de horror de la televisión-, sin saber a qué corresponde ni en qué consiste, y cuyo origen y significación, que nada importan a los educadores, ni a los comerciantes, ni a los padres de familia ecuatorianos, aún discuten los profesores universitarios de Estados Unidos.

No se trata, evidentemente, de un intercambio: un país de tan definida identidad cultural como Francia ha tenido que imponer medidas severas para defenderse de la invasión masiva del cine norteamericano, y el productor cinematográfico indio Suresh Jindal da su voz de alarma: "Por primera vez, los norteamericanos han doblado al hindi una de sus películas, *Jurassic Park*. Tuvo un éxito enorme y ese éxito los impulsará a repetir la experiencia. Me pregunto cómo resistiremos". No se trata, tampoco, de un aporte extranjero a la cultura local, sino de una imposición de subproductos de la cultura, que son los que la televisión prefiere y a cuya proliferación contribuye: los otros no son comerciales.

La telaraña informática

A ello se añade, y su gravedad es incalculable, el sistema de *Internet*, "la tela de araña informática" o "autopista de la información", por donde difunden su pro-

paganda la llamada Iglesia de la Cienología, acusada varias veces de estafa; la organización que se define a sí misma como "Superfascismo"; el grupo Yihad, que impulsa la guerra santa del Islam; el *Ku Klux Klan* antinegro, que creíamos desaparecido, y todos esos restos o sobras de la humanidad que son los "cabezas rapadas", los neonazis, los antisemitas, los fundamentalistas que explican sus razones para matar a periodistas y degollar mujeres; el movimiento *Stormfront*, por la purificación de la raza blanca, que se identifica así con el movimiento afrikaner de Sudáfrica que ha creado patrullas de búsqueda (cuatro hombres) y de combate (diez hombres) que tendrán por tarea ocupar las ciudades y una vez hecho esto "desembarazarse de todos los negros y enterrarlos", según el *Sunday Star* de Johannesburgo. Todas estas agrupaciones, cualquiera que sea su nombre, su nacionalidad o su disfraz, son iguales en la apología de la violencia, enteramente ajenas a lo que fueron, y siguen siendo en algunos rincones muy alejados de la "civilización" con televisión, nuestras culturas tradicionales de origen agrario, colectivo, basadas en la humildad, la ternura, la solidaridad, maravillosamente subdesarrolladas desde el punto de vista técnico pero orgullosas, hasta ayer, de su desarrollo moral que estos nuevos instrumentos de colonización vienen a entorpecer. ●

